

ni conocer el aire acondicionado, ni la calefacción central.

Recuerdo que días antes de mandar mi libro «Presencia de Chile» al Concurso Municipal, estuve pensando en el pseudónimo que usaría en esta ocasión. Y de pronto vino a mi memoria el nombre de un plácido y gordo comerciante de mi pueblo: Nicolás Cancino, el «Guatón Cancino» como todos lo llamaban. Sin meditarlo más escribí su nombre en la tapa de esos originales, en los que hablo de Chile, de esta tierra en que espero dormir el último sueño, para ser un día, como diría Omar Kayham, polvo de sus caminos, o humus negro en donde la vida vuelva a germinar y a transformarse.

Y es que el «Guatón Cancino», era, en mi instintivo concepto de niño, como la representación viva de todas las excelencias de Chile. Llegaba el verano y donde Cancino se vendían sandías y melones que los parroquianos saboreaban con harina tostada, aun olorosa a sementera. Y duraznos, uvas y peras de agua, néctar exquisito que venía de las tierras soleadas de Chillán, San Javier y Parral. A la hora de almuerzo, porotos granados con soplillo y unas humitas que posiblemente Nuestro Señor Jesucristo no se hubiera atrevido a multiplicar temiendo que perdieran algo de su sabor o de su exquisito perfume de albahacas.

En el otoño, anticipo violento del invierno en el Sur, había donde Cancino, caldo de cabeza, arrollano de chancho y longanizas, que se servían en enormes

azafates donde humeaban las papas cocidas junto a un pebre de cebolla con perejil o cilantro. Y unas cazuelas de pava con chuchoca, en fuente de greda, con un ají caído, que mordía la lengua como el sorpresivo tarascón de un perro.

Los días Domingo, la especialidad de la casa eran las empanadas de horno cuyo aroma podía abrirle el apetito a una momia. En grandes canastos, arropadas con manteles de tocuyo, mostraban su sonrisa dorada y su hojarasca fina, húmeda de gotitas de transpiración. Al apartar los manteles se escapaba del canasto un vaho tibio e incitante que yo no sé por qué curiosa asociación de ideas, me hacía recordar a las chiquillas que iban a bañarse con nosotros en el río y después de correr por el camino, inundado de sol, se detenían jadeantes a nuestro lado para girar tomados de la mano en bulliciosas rondas. Y entonces el perfume de su piel limpia y sudorosa nos turbaba como un latido que era caricia y dulce misterio al mismo tiempo.

Cancino saludaba la primavera con grandes fuentes de picarones y sopaipillas anegados en rubia miel. En los días de sol, huesillos y mote pelado con ceniza de hualle que esponjaba los granos como pétalos de nieve. Y alfajores de peras trascendiendo a cáscara de naranja; roscos de huevo barnizados con una escarcha de almíbar. Y nunca faltaban los piñones cocidos y las avellanas tostadas que evocaban al bosque con su polifonía y su fresca humedad nupcial. En las noches se escapaba por todas las rendijas de la casa de tabla de

Cancino, un olor a asado con ajo y orégano, a tortilla de rescoldo y a porotos con chicharrones o tocino. A salchichas que hervían alborotadas en una gran olla negra de tres patas. En jarros de greda, sidra de manzana, chicha cruda de Loncomilla. Y para apresurar el flato, rico aguardiente de Portezuelo.

Y de todos aquellos manjares podía disfrutar tanto el pobre como el adinerado, pues en esos dichosos tiempos, un cinco, un diez o una chaucha eran monedas que tenían un valor efectivo, al revés de lo que ahora ocurre, pues hoy nuestro dinero no es sino una quimera de cifras, un pobre miraje al cual se anticipa nuestro desencanto de pueblo que conoce la amarga verdad, de que su trabajo no puede compensarle las energías que gasta en la batalla cotidiana.

Al evocar a ese gordo y simpático comerciante de mi pueblo, he pensado con nostalgia en el Chile que se nos va, extraviado entre el laberinto de la leyenda. El corazón siempre es un poeta, cuando el pensamiento se vuelve hacia el pretérito en donde se quedó la juventud con su arrogancia, el amor con su magia de palabras apasionadas y su heroísmo para sitiar una plaza, defendida por el divino desdén de unos ojos esquivos. El presente es la lucha con su lancinante inquietud. Necesita refrescarse de vez en cuando y cobrar bríos hundiéndose en las románticas y adoradas sombras del pasado.

Mi pueblo de entonces era un pedazo del Chile feliz que todos anhelamos. Un alto en el camino de su

robusta vitalidad. Y aunque el invierno era cruel y duro no se sentía. En todas las casas había leña, harina, porotos y un chanchito que roncaba y suspiraba do-  
liéndose por tinca del terrible destino que lo esperaba allá por los meses de mayo y junio. Los meses en que convoyes de nubes espesas proyectan una indefinible tristeza sobre la tierra. Por las tardes asomaba el puelche jineteando su caballo de sombras y sus alas metálicas para quebrar en pedacitos de melancolía, las voces del campanario de San Francisco, la corneta del Regimiento o la música de la banda en la plaza. Y cuando ya las puertas se habían cerrado el puelche, como el mal marido, trataba de entrar en las casas quebrando vidrios, abriendo sorpresivamente las ventanas, levantando las calaminas, o volteando los maceteros que se alineaban en las repisas bajo los corredores. Y hacía sonar la rodaja de sus espuelas en el zinc de los techos o en el duro alquitrán de las aceras. Al amanecer el convoy de nubes vaciaba tumultuosamente su carga de aguas. Llovía tres días, cinco, diez, quince, hasta que una mañana, cuando ya no quedaba en el pueblo ni un solo cerco en pie, y las casas eran como pequeñas islas, junto a las que nadaban patos y gansos, el cielo aparecía cubierto por unas nubes delgaditas y con unas ojeras plumizas, de tunante que aun no piensa arrepentirse. Y de pronto aparecía el sol, rubio, nuevecito, dejando ver los más lejanos horizontes.

La primavera nos envolvía como un río de luces y de aromas. Entonces el campo se metía por todas par-

tes. Venían los sures negros, romanceando sus quejumbres y tras de ellos la ingrávida fantasía de los perales y los manzanos en flor. Era la época en que el pueblo se agitaba en un océano palpitante de ganados mugidores, que era como un potente aliento de vida fecunda. Después entraban carretas con leña, o rojas maderas húmedas que olían a selva. Y pasaban a las indias con sus chaigües llenos de huevos, ristraz de pollos, tortas de culli y cacharros de greda. En las noches de verano, cruzaba las calles un lento desfile de carretas cargadas de trigo, que duraba hasta después del medio día siguiente. El pueblo se estremecía de mugidos y relinchos, de bravas interjecciones de huasos alegres que habían bebido cerveza doble con chinchibí, o aguardiente de Jamaica; del ebriateo de los mapuches que soberbios en su embriaguez salían a «loncotearse» en mitad de la calle, sin importarles que sobre sus espaldas sonara reiteradamente la charrasca de los pacos. Y en el palenque, frente a cada negocio, se amarraban quince o veinte caballos, que coceaban inquietos, azotándose los flancos con la larga cola mientras el dueño «empleaba» en la tienda o agencia, ante cuya puerta, horas más tarde, se sacaba la chaqueta recién comprada para empeñarla y así tener unos cobres con que seguir «gustando».

Y ahora, ese pueblo de mi lejana infancia, está pobre, silencioso. Sólo el viento, fiel compañero de otros tiempos, sigue entonando sus baladas de tristeza que otrora el tumulto de esa próspera alegría no dejaba oír.

Queridos amigos, les pido perdón por esta desconsiderada lata. Pero la evocación cariñosa de mi pueblo me tentó a hacerlo en esta noche que es para mí de emoción y de júbilo.

Gracias, señoras, por vuestra bella presencia. Gracias, queridos amigos. Bebo por la ventura de todos vosotros. Y por Chile, amigos míos.